
Humanismo cívico e instituciones estamentales en la formación de una cultura política distinta. El caso de Cataluña en el siglo XIX

*Humanisme civique et institutions représentatives d'Ancien Régime dans la
formation d'une culture politique distinctive. Le cas de la Catalogne au XIXe
siècle*

*Civic humanism and representative institutions of old Regime in the formation
of a different political culture. The case of Catalonia in the XIXth century*

Giovanni C. Cattini y David Cao Costoya



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/598>

DOI: 10.4000/bhce.598

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2016

Paginación: 205-220

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

Giovanni C. Cattini y David Cao Costoya, « Humanismo cívico e instituciones estamentales en la formación de una cultura política distinta. El caso de Cataluña en el siglo XIX », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 50 | 2016, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 02 mayo 2019. URL : <http://journals.openedition.org/bhce/598> ; DOI : 10.4000/bhce.598



Humanismo cívico e instituciones estamentales en la formación de una cultura política distintiva. El caso de Cataluña en el siglo XIX

Giovanni C. CATTINI, David CAO COSTOYA

Universitat de Barcelona

El presente artículo se propone destacar el peso que tuvieron la historia y la reivindicación de las tradiciones jurídico-institucionales catalanas en la formación de las culturas políticas de la Cataluña del siglo XIX¹. Para ello, planteamos seguir las lecturas que destacados intelectuales hicieron del pasado constitucional catalán en diversas coyunturas del siglo XIX. Nuestro análisis se apoya en las reflexiones de autores clásicos en la historia de los derechos que han permitido estudiar las constituciones desde una perspectiva más amplia que la meramente normativa². El hecho de considerar las constituciones como productos culturales, expresión de modelos políticos teóricos, pero también de actitudes, ideas y valores, los cuales son producidos e interpretados por los ciudadanos, nos conduce a preguntarnos sobre la existencia y el carácter de la cultura constitucional catalana contemporánea, cuestión que ha merecido una atención más bien marginal³. Seguimos aquellas reflexiones que diversos autores internacionales han formulado en las últimas décadas para evaluar la importancia de la cultura republicana o del humanismo cívico en vistas a construir una comunidad política, remarcando la importancia que tiene el orgullo hacia las propias tradiciones de autogobierno⁴. Según dice Maurizio Viroli, el auténtico patriotismo nace y florece en el autogobierno local cuando se desarrolla

1 Una primera de versión de este artículo se ha publicado en *Afers. Fulls de recerca i pensament*, XXIX: 77 (2014), con el título «La cultura del constitucionalisme i els intel·lectuals catalans del vuit-cents».

2 P. HABERLE, *Teoría de la Constitución como ciencia de la cultura*, Tecnos, Madrid: 2000; M. FIORAVANTI, *Constitución, de la antigüedad a nuestros días*, Trotta, Madrid: 2001.

3 Los modernistas sí han prestado cierta atención a esta cuestión en la historiografía catalana, X. TORRES, *Naciones sin nacionalismo. Cataluña en la monarquía hispánica (siglos XVI-XVII)*, Universitat de València, València, 2008. Véase, además, A. SIMON, *Els orígens ideològics de la revolució catalana de 1640*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1999; ídem, *Construccions polítiques i identitats nacionals. Catalunya i els orígens de l'estat modern espanyol*, Publicacions Abadia de Montserrat, Barcelona, 2005; Ò. JANÉ, *Catalunya i França al segle XVII: identitats, contraidentitats i ideologies a l'època moderna: 1640-1700*, Afers, Catarroja, 2006. También cfr. J. P. RUBIÉS MIRABET, «Don Francisco de Gilabert i la idea del govern mixt: fortuna i prudència del constitucionalisme català dels segles XVI i XVII», *Pedralbes*, 16 (1996), p. 97-132 y ídem, «El constitucionalisme català en una perspectiva Europea: conceptes i trajectòries, segles XVI-XVIII» *Pedralbes* (Actes del Quart Congrés d'Història Moderna de Catalunya: Catalunya i Europa a l'Edat Moderna), 18, vol. II, 453-474. Una primera síntesis en H. LÓPEZ BOFILL, *Constitucionalisme a Catalunya. Preludi de modernitat*, Tria, Barcelona, 2009.

4 P. PETTIT, *Republicanism. A Theory of Freedom and Government*, Oxford University Press, Oxford, 1997; Q. SKINNER, *Machiavelli*, Oxford University Press, Oxford, 1981; M. VIROLI, *Per amore della*

en los ciudadanos un sentimiento de orgullo por el buen gobierno y por la participación en la vida pública⁵.

Desde esta perspectiva, y centrándonos únicamente en las coyunturas que consideramos más significativas, nos hemos ocupado de algunos autores, obras e iniciativas especialmente importantes para el tema que nos ocupa. Forzosamente, la aproximación es limitada y fragmentaria, pero evidencia que el recurso al pasado medieval y su uso político tuvieron un carácter recurrente, persistente y transversal, siendo un elemento destacado en la configuración de las culturas políticas de la Cataluña contemporánea y en la formación de una identidad catalana distintiva. En último término, éste fue, también, un componente central en la cultura del catalanismo contemporáneo.

Antiguas y nuevas libertades en la cultura política del primer liberalismo en Cataluña

Varios trabajos en los últimos años han expuesto que los discursos, debates y propuestas de carácter político generados en el contexto del primer ensayo constitucional contemporáneo en España a menudo se fundamentaron en planteamientos historicistas y en el recurso retórico al pasado⁶. Las referencias al constitucionalismo antiguo y la apelación a la tradición jurídica e institucional de los diversos reinos y territorios peninsulares estuvieron muy presentes en ciertos sectores ilustrados tardíos y en el primer liberalismo.

La edad media fue objeto de estudio y vindicación especial, ocupando un sitio central dentro de estos usos políticos del pasado a los que nos estamos refiriendo. La época medieval fue evocada desde sensibilidades ideológicas varias y fue proveedora destacada de los materiales históricos con que se cimentaron una parte considerable de los discursos políticos de los primeros compases del siglo XIX.

En la coyuntura crítica de 1808-1814, marcada por la guerra y la discusión y la implementación de un nuevo orden político, jurídico e institucional, se encontró en ciertas experiencias medievales los antecedentes que podían proveer de legitimidad el nuevo sistema. Se consideró conveniente apuntalar los proyectos políticos concurrentes y el nuevo marco constitucional en curso de discusión, evitando al máximo la sensación de ruptura histórica, así como también las acusaciones de extranjerismo. Fue necesario, en fin, presentar el régimen constitucional como un desenlace coherente y armónico con la trayectoria histórica de la colectividad y sus disposiciones más profundas. La mitificación de las experiencias políticas e institucionales medievales, su eslabonamiento con el constitucionalismo contemporáneo, y la presentación del despotismo y el absolutismo de los siglos modernos casi como una anomalía importada, formaron parte de un mismo proceso.

patria. Patriotismo e nazionalismo nella storia, Laterza, Roma, 1995; idem, *Repubblicanesimo*, Laterza, Roma, 1999.

5 M. VIROLI, *Republicanism*, Angle, Barcelona, 2006, p. 113.

6 Entre las aportaciones más destacadas cabe mencionar J. M. PORTILLO VALDÉS, *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Boletín Oficial del Estado-Centro de estudios políticos y constitucionales, Madrid, 2000; C. GARCÍA MONERRIS, «Lectores de historia y hacedores de política en tiempos de fractura “constitucional”», *Historia Constitucional* [revista electrónica], 3 (2002), p. 39-98; J. M. NIETO SORIA, *Medievo constitucional. Historia y mito político en los orígenes de la España contemporánea (ca. 1750-1814)*, Akal, Madrid, 2007.

También entre las clases dirigentes catalanas encontramos ejemplos de planteamientos historicistas y del uso político de la historia en aquel contexto crítico y constitutivo⁷. La pervivencia de una cultura jurídica y política particularista entre sectores determinados de la elite del Principado de Cataluña permitió la reactivación y la vindicación del pasado constitucional catalán, en un marco de transformación del espacio jurídico-político español. La apropiación de aquel pasado fue plural, como lo fueron también los planteamientos historicistas, forjados desde sensibilidades político-ideológicas varias.

Uno de los representantes más ilustres del historicismo político catalán de aquel momento es el filólogo, historiador y político Antoni de Capmany (1742-1813)⁸. Capmany fue una de las personalidades que más destacó en aquel intento de eslabonar históricamente el proceso constituyente español contemporáneo con una tradición constitucional de raíz medieval, que habría quedado postergada con el avance del absolutismo. En la búsqueda de antecedentes autóctonos que sirvieran de inspiración o legitimación, Capmany defendió la primacía del modelo político-institucional que ofrecía la Corona de Aragón.

Lo dejó suficientemente claro en el informe que elaboró el 1809 por encargo de la Comisión de Cortes, que le confió la sistematización de los resultados de la llamada «consulta al país»⁹. Capmany impugnó aquellos que aseguraban que España no contaba con precedentes jurídico-institucionales válidos limitadores de la autoridad y garantes de los derechos y las libertades, porque si en la Corona de Castilla estos habían sido débiles e incompletos, la Corona de Aragón, en cambio, «tuvo por espacio de cinco siglos fueros, constituciones, libertades y franquezas invulnerables»¹⁰. En el mismo informe recordaba que aquel complejo jurídico-institucional había sido abolido por la fuerza después del desenlace de la guerra de Sucesión (1702-1714), y acababa recomendando la creación de una institución permanente que velara por la custodia y la salvaguarda de los derechos del pueblo frente al poder real, solución inspirada en las antiguas diputaciones generales de los territorios de la Corona de Aragón.¹¹

En idéntica coyuntura y también por encargo de la Comisión de Cortes, Capmany fue recogiendo toda una serie de noticias históricas sobre las antiguas constituciones y prácticas parlamentarias medievales relativas a reinos varios. Aquellos trabajos fueron compilados y

7 Seguimos, aquí, a L. F. TOLEDANO, «Historicisme i política de la classe dirigent catalana en el debat constitucional gadità», en A. ALCOBERRÓ y G. C. CATTINI (eds.), *Entre la construcció nacional i la repressió identitària. Actes de la primera trobada Galeusca d'historiadors i d'historiadors. Barcelona, 10 i 11 de desembre de 2010* [recurso electrónico], Museu d'Història de Catalunya, Barcelona: 2012, p. 203-218. Algunos testimonios interesantes en P. ANGUERA, *Els precedents del catalanisme. Catalanitat i anticentralisme: 1808-1868*, Empúries, Barcelona, 2000, p. 53-88.

8 Véase R. GRAU y M. LÓPEZ, «Antoni de Capmany: el primer model del pensament polític català modern», en A. BALCELLS (ed.), *Història del pensament polític català del segle XVIII a mitjan segle XX*, Edicions 62, Barcelona, 1988, p. 13-40; R. GRAU, *Antoni de Capmany i la renovació de l'historicisme polític català*, Ajuntament de Barcelona-Quaderns del Seminari d'Història de Barcelona, Barcelona, 2006; F. J. FERNÁNDEZ DE LA CIGÜA y E. CANTERO, *Antonio de Capmany (1742-1813). Pensamiento, obra histórica, política y jurídica*, Fundació Francisco Elías de Tejada, Madrid, 1993.

9 Reproducido íntegramente en J. ÁLVAREZ JUNCO, «Capmany y su informe sobre la necesidad de una Constitución (1809)», *Cuadernos Hispano-Americanos*, 210 (1967), p. 520-551. Según indica Portillo Valdés, *Revolución de nación*, p. 266, el texto fue elaborado fundamentalmente durante el verano de 1809, se presentó a la Comisión de Cortes el octubre de aquel año y se publicó anónimamente el 1811 en Cádiz con el título *Informe sobre Cortes nacionales*.

10 J. ÁLVAREZ JUNCO, «Capmany y su informe...», art. cit., p. 546-547.

11 Ibidem, p. 547, 549-550.

publicados póstumamente en un volumen titulado *Práctica y estilo de celebrar cortes*¹². El sistema político, jurídico e institucional de los antiguos territorios de la Corona de Aragón le mereció una atención especial y una valoración claramente positiva, a pesar de que no lo consideraba un modelo perfecto, ni tampoco lo estimaba trasladable de forma mimética al presente. En la introducción a su obra Capmany vinculaba claramente la pujanza política, económica y militar del Principado de Cataluña y los reinos de la Corona de Aragón durante la baja edad media con su oportuna constitución jurídico-política¹³.

No era la primera vez que Capmany formulaba una ecuación como aquella. En las *Memorias históricas sobre la marina* (1779-1792), obra que le había consolidado como historiador de prestigio, ya había hecho evidente su admiración por el pasado medieval catalán, y había asociado la opulencia y el poder de Barcelona y el estado floreciente de su marina, comercio e industria con la existencia de unas formaciones sociales, políticas e institucionales modeladas¹⁴.

Ya como diputado en las Cortes de Cádiz, Capmany hizo algunas intervenciones parlamentarias en esta línea, loando el régimen municipal barcelonés vigente hasta 1714, año «en que las armas de Felipe V, más poderosas que las leyes, hicieron callar todas las instituciones libres en Cataluña»¹⁵.

A pesar del protagonismo de personalidades como Capmany, constatamos el lugar marginal que ocupó el historicismo catalán dentro de una cultura política española de base fundamentalmente castellana. En otras palabras: en aquellos momentos fundacionales de la España contemporánea, la incorporación del pasado político, jurídico e institucional catalán en un discurso histórico nacional español compartido fue muy deficiente¹⁶.

Ya durante el Trienio Liberal (1820-1823), la historia aparece, de nuevo, como un espacio destacado en el cual la política de la época forja sus argumentos y su imaginario, y dirime sus diferencias. Varios investigadores han evidenciado que la atención a la historia medieval catalana y la apelación a las leyes y estructuras institucionales vigentes hasta 1714 fueron fenómenos relativamente habituales en la actividad de publicistas, propagandistas y eruditos inscribibles genéricamente en la órbita del liberalismo¹⁷. En consecuencia, se ha señalado que el historicismo fue un componente fundamental de la cultura constitucional

12 A. DE CAPMANY, *Práctica y estilo de celebrar cortes en el reino de Aragón, principado de Cataluña y reino de Valencia y una noticia de las de Castilla y Navarra* (Madrid, Imp. de don José del Collado, 1821). Véase la introducción de Eva Serra y Josep Fontana en una edición facsímil reciente (Barcelona, Base, 2007), p. 7-64.

13 A. DE CAPMANY, *Práctica y estilo*, ob. cit., p. V-VII.

14 A. DE CAPMANY, *Memorias históricas sobre la marina comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, 4 vols., Imprenta de D. Antonio de Sancha, Madrid, 1779-1792.

15 *Diario de Sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias* (1810-1813), tomo V, sesión del día 10 de agosto de 1812, Imprenta de J. A. García, Madrid, 1870, p. 3522.

16 L. F. TOLEDANO, «Historicismo i política», art. cit., p. 204-208. A propósito del concepto hegemónico de nación en el primer constitucionalismo véase X. ARBÓS, *La idea de nació en el primer constitucionalismo espanyol*, Curial, Barcelona, 1986.

17 R. ARNABAT, *La revolució del 1820 i el Trienni Liberal a Catalunya*, Eumo, Vic, 2001, p. 82-87; idem, «Austriacisme, catalanitat i provincialisme. De la Guerra del Francès al Trienni Liberal», en A. ALCOBERRO y G. C. CATTINI (eds.), *Entre la construcció nacional*, ob. cit., p. 187-201; P. ANGUERA, *Els precedents del catalanisme*, ob. cit., p. 88-105; J. ROCA VERNET, *Política, Liberalisme i Revolució. Barcelona, 1820-1823*, tesi doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2007, p. 430-463; idem, «Una sola nació con múltiples historias nacionales. La nacionalización de los ciudadanos a través de los discursos históricos del primer liberalismo catalán» en M. ESTEBAN DE VEGA y M^a D. DE LA CALLE VELASCO (eds.), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, p. 19-46; idem, *Tradició constitucional i història nacional (1808-1823). Llegat i*

de los liberales barceloneses del período. Se ha subrayado, también, que la aproximación y la utilización del pasado fue plural, de acuerdo con la coexistencia de proyectos y sensibilidades político-ideológicas varias¹⁸.

Diferencias aparte, en ningún caso el recuerdo del pasado catalán y la vindicación de las leyes e instituciones de la Corona de Aragón se utilizaron para cuestionar la pertenencia al marco jurídico-político nacional español, sino al contrario. Revelan, así mismo, la conformación en Cataluña de una cultura política relativamente diferenciada, no provista exclusivamente de referentes castellanos.

La libertad de prensa durante el trienio favoreció la aparición de nuevos periódicos, entre los cuales podemos mencionar el *Periódico Universal de Ciencias, Literatura y Artes* (1821), impulsado por el jurista Ignasi Santponç (1795-1846). En su prospecto anunció la intención de publicar una colección de documentos antiguos relativos al reino de Aragón y al Principado de Cataluña, pero la falta de subscriptores condenó el periódico y comprometió el proyecto. Aún y así, en su afán de difundir el constitucionalismo y la historia de Cataluña, publicó algún documento notable como la edición bilingüe (en latín y castellano) de las constituciones resultantes de las Cortes de Barcelona de 1283, celebradas bajo el reino de Pere II el Gran (1276-1285), y que fueron fundamentales en la institucionalización del sistema constitucional catalán medieval y moderno.

No se trataba de un interés aislado. En un artículo de julio de 1820, el también jurista y erudito Ramon Muns (1783-1856), inscribible como Santponç en el liberalismo moderado, recordó que un año antes, aún bajo el gobierno absolutista, había señalado la necesidad de escribir un compendio de historia de Cataluña «dirigido principalmente a resucitar la memoria de nuestras instituciones antiguas» y a rescatar los testimonios virtuosos y ejemplares de aquellos «*tiempos felices*»¹⁹. Muns loaba el antiguo sistema constitucional catalán, origen y fundamento de derechos y libertades fatalmente suprimidas en 1714, pero este elogio no le llevaba a preconizar el restablecimiento de las antiguas leyes e instituciones, las cuales consideraba inadecuadas «en el estado actual de civilización». De hecho, de acuerdo con su lectura y la de muchos liberales moderados de la época, en cierta manera aquellas leyes e instituciones habían sido restituidas, en una versión mejorada, con la constitución de 1812. Consideraba, además, que la «humillación» sufrida con el desenlace de 1714 había sido redimida con los «liberales principios del código constitucional».

Con este afán de entroncar y establecer filiaciones entre las antiguas libertades e instituciones y las nuevas, Muns daba a entender que la diputación permanente de las Cortes instituida por el texto gaditano tenía un precedente sólido en la historia de Cataluña: la diputación del general. Continuando con la misma lógica discursiva, Muns acababa su artículo pidiendo que a la vigente Diputación Provincial de Cataluña, restituida apenas hacía un mes con la proclamación de la Constitución de 1812, se le facilitara como propio el edificio histórico de la antigua Diputación del General o Generalidad de Cataluña, ocupado desde tiempo de Felipe V por la Audiencia territorial.

La «restitución» del edificio fue solicitada oficialmente por la Diputación Provincial de Cataluña. A caballo de los meses de marzo y abril de 1821 se hicieron las gestiones

projecció d'una missaga catalana, els Papiol, Fundació Ernest Lluch/Pagès, Vilassar de Mar/Lleida, 2011.

¹⁸ Véanse las aportaciones de Jordi Roca Vernet indicadas en la nota anterior.

¹⁹ [R. MUNS], «Observaciones sobre la antigua Constitución de Cataluña, leídas en una Sociedad literaria particular el día 11 de julio de 2820 [sic] por D. Ramon Muns y Serriñá», *Diario constitucional, político y mercantil de Barcelona*, 117, 17 julio 1820, p. 2-3; 118, 18 julio 1820, p. 2-3.

definitivas para alcanzar el objetivo, recibíéndose poco después el dictamen favorable de la comisión legislativa de las Cortes²⁰. Una parte sustancial de la argumentación esgrimida en la exposición dirigida a la cámara española se fundamentó en una noción de continuidad institucional entre ambas corporaciones²¹. Los razonamientos urdidos tenían bastantes concomitancias con los presentes en el artículo de Ramon Muns que, de hecho, en aquellos momentos era secretario interino de la diputación catalana.

Pero no sólo los moderados hicieron un uso político de la historia de Cataluña, también la utilizaron los liberales exaltados, aunque con matices e intencionalidades distintas²². En este sentido, resulta muy interesante la forma y las circunstancias en que los liberales radicales de Barcelona erigieron en figura referencial a Pau Claris (1586-1641), presidente de la Generalitat en el contexto de la rebelión de 1640 que enfrentó las instituciones del Principado con el gobierno del conde duque de Olivares, preferido del rey Felipe IV, hechos que desembocaron en la proclamación de una efímera república catalana. La mitificación de Claris por los liberales exaltados se produjo, significativamente, en un momento en que la figura del monarca Fernando VII estaba en cuestión y pesaban graves sospechas sobre su lealtad para con el sistema constitucional²³.

Unos años después, la muerte de Fernando VII (1833) abrió la puerta a un cambio político en sentido liberal y dio inicio a una etapa de profundas transformaciones políticas, sociales y económicas que fueron desmantelando definitivamente el antiguo régimen y pusieron las bases de un nuevo estado liberal. Estos años coincidieron con la difusión de un romanticismo emergente y con los momentos iniciales de la historiografía romántica catalana. Conforman una etapa tan prolífica en usos políticos del pasado, como importante en la configuración temprana de una cultura política y de un repertorio mítico-simbólico abastecidos de forma dominante con referentes procedentes de la historia de Cataluña, preferentemente de la etapa medieval. En este sentido, la producción historiográfica y la literatura confeccionadas bajo el influjo del historicismo romántico contribuyeron de forma decisiva a la construcción del discurso de la elite política catalana y a la formación de una identidad catalana distintiva²⁴.

20 *Diario de las sesiones de Cortes. Legislatura de 1821*, tomo II, Imprenta de J. A. García, Madrid, 1871, sesión del día 2 de abril de 1821, p. 830; sesión de 30 de abril de 1821, p. 1356-1357. Cabe destacar que la Diputación Provincial de Cataluña había estado ya en funcionamiento entre 1812 y 1814, siendo abolida con el retorno del absolutismo, y que ya el 1813 había formulado una solicitud a las Cortes con el objetivo de recuperar el palacio de la Generalitat.

21 *Representacion que dirige á las Cortes la Diputacion Provincial de Cataluña, Para que se le mande restituir el edificio ó casa que perteneció á la antigua Diputacion del Principado, y que fué cedida y hoy ocupa la Audiencia territorial*, Imprenta del Gobierno Político Superior, Barcelona, 1821.

22 J. ROCA VERNET, «Una sola nación», art. cit.

23 Véase la excelente aportación de J. ROCA VERNET, «Pau Claris i la cultura constitucional catalana del Trienni Liberal (1820-1823)», *Manuscripts*, 27 (2009), p. 161-186. Más tarde los republicanos federales catalanes convirtieron Claris en uno de sus referentes principales, P. GABRIEL, «Mites republicans. Els federals catalans i Pau Claris», en P. ANGUERA (ed.), *Símbols i mites a l'Espanya Contemporània* (Reus, Centre de Lectura, 2001), p. 87-101. La conexión entre el mito de Claris, el primer catalanismo y el movimiento federal, también en G. C. CATTINI, *Historiografia i catalanisme. Josep Coroleu i Inglada (1839-1895)*, Afers, Catarroja, 2007, p. 163-169. Sobre la figura de Pau Claris debe consultarse, asimismo, A. SIMON, *Pau Claris, líder d'una classe revolucionària*, Publicacions Abadia del Montserrat, Barcelona, 2008.

24 A. GHANIME, «Apunts i reflexions al voltant dels referents medievals en la política catalana de la primera meitat del segle XIX», en F. SABATÉ (ed.), *L'edat Mitjana. Món real i espai imaginat*, Afers, Catarroja/Barcelona, 2012, p. 205-215; J. M. FRADERA, «La política liberal y el descubrimiento de una identidad distintiva de Cataluña (1835-1865)», *Hispania*, LX/2, 205 (2000), p. 673-702; P. ANGUERA, «Pròleg»,

El cambio político de 1833 favoreció la ampliación y la renovación de la oferta periodística. En ese contexto surgió *El Vapor* (1833-1838), ideológicamente en la línea del liberalismo moderado doctrinario. Su director, el periodista y escritor Ramón López Soler (1799-1836), fue una figura importante en la difusión del romanticismo en Cataluña. Introdutor de la literatura de Walter Scott, escribió numerosas novelas históricas, algunas de temática medieval. Su ejemplo fue seguido por el abogado, historiador y novelista Joan Cortada (1805-1868), que a partir de 1835 contribuyó mucho, con sus obras, a catalanizar temáticamente la literatura autóctona y a fomentar el interés por la historia de Cataluña y de la Corona de Aragón, principalmente de la etapa medieval²⁵. En el ámbito de la producción dramática Jaume Tió (1816-1844) tuvo un papel igualmente importante.

López Soler fue el autor del opúsculo *Constitución Catalana y Cortes de Cataluña* (1835), elaborado en buena medida en base a extractos de la obra clásica de Lluís Peguera, *Práctica, forma, y stil de celebrar Corts generals en Cathalunya*, publicada el 1632 y reeditada el 1701²⁶. López había dado a conocer previamente buena parte del contenido de aquel opúsculo en una serie de artículos con el título «Cortes de Cataluña» publicados en febrero de 1834 en *El Vapor*, rescatando de forma oportuna e intencionada la tradición constitucional catalana en el momento en que se estaba discutiendo y elaborando el proyecto de Estatuto Real. Cuando lo publicó en forma de opúsculo el año siguiente, el autor le añadió una introducción con tonos vindicativos donde se hacía una lectura casi liberal del antiguo sistema constitucional catalán.

La publicación de aquel opúsculo, que coincidió con la de otros textos semejantes, no se aleja mucho de la aparición de una obra importantísima para la historiografía catalana de la época, *Los condes de Barcelona vindicados* (1836) de Pròsper de Bofarull (1777-1859)²⁷. La obra sostenía que el Principado de Cataluña tenía un pasado como entidad política independiente, destacaba la necesidad de dar a conocer su historia y reivindicaba, en definitiva, el papel que el Casal de Barcelona y la Corona de Aragón habían tenido en la construcción de España. En esta línea, postulaba que Guifré el Pilós (siglo IX) y sus sucesores habían fundado «una Patria, Soberanía y Constitución civil que nos han transmitido, y cuyo origen y vicisitudes conviene tener muy presentes»²⁸.

en M. SUNYER, *Els mites nacionals catalans*, Eumo/Societat Verdaguer, Vic, 2006, p. 11-14. Para la historiografía romántica del período véase R. GRAU, «La historiografía del romanticismo (de Pròsper de Bofarull a Víctor Balaguer)», en A. BALCELLS (ed.), *Història de la historiografia catalana*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2004, p. 141-160; R. GRAU, «L'aportació dels historiadors romàntics», en AA.VV, *Romanticisme i Renaixença 1800-1860*, en P. GABRIEL (dir.), *Història de la Cultura Catalana*, Edicions 62, Barcelona, 1995, IV, p. 221-248.

25 A. GHANIME, *Joan Cortada: Catalunya i els Catalans al segle XIX*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1994.

26 *Constitucion catalana y Cortes de Cataluña. Resumen de las antiguas constituciones, prerrogativas, fueros y privilegios de que disfrutó el principado de Cataluña, en unos tiempos en que lo restante de Europa gemia aún bajo el peso de la odiosa esclavitud*, Imprenta de Manuel Texero, Barcelona, 1835. Jaume Ribalta Haro dio a conocer la autoría del opúsculo en un artículo documentadísimo, J. RIBALTA, «Constitución catalana y Cortes de Cataluña. Excerpta vuitcentista de Peguera, a càrrec de Ramon López Soler», *Revista de Dret Històric Català*, 2 (2002), p. 11-119.

27 P. DE BOFARULL, *Los condes de Barcelona vindicados, y cronología y genealogía de los reyes de España considerados como soberanos independientes de su marca*, 2 vols., Imp. de Juan Oliveres y Monmany, Barcelona, 1836.

28 P. DE BOFARULL, *Los condes de Barcelona vindicados*, ob. cit., I, p. 5-6.

Bofarull, iniciador del linaje de historiadores y archiveros más importante de la Cataluña del siglo XIX, estuvo a la cabeza del Archivo de la Corona de Aragón desde 1814²⁹. El 1821, bajo pseudónimo, había publicado un opúsculo oponiéndose a un proyecto de decreto de marzo de 1814 que establecía el traslado de los archivos provinciales a Madrid con el objetivo de crear un único centro de documentación³⁰. Bofarull quiso recordar en su texto la naturaleza compuesta de la Monarquía Hispánica, bajo la cual pervivieron las instituciones de los antiguos reinos, de manera que según el erudito catalán hasta el presente «jamás ha podido considerarse la península como una sola nación o reino sino como un conjunto de estados independientes gobernados por un mismo príncipe». El archivero argumentaba que la segregación de archivos propuesta tendría efectos muy negativos en Cataluña, porque perduraban vínculos profundos entre aquellos organismos y las instituciones y personas radicadas en el país³¹.

El mantenimiento del archivo en Barcelona fue fundamental para posibilitar el desarrollo de estudios históricos y de ediciones documentales como la que Bofarull mismo comenzó el 1847, titulada «Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón». Esta compilación monumental prestó una atención destacadísima al Compromiso de Caspe (1412), la entronización de la dinastía de los Trastámara y la guerra civil del siglo XV como puntos centrales de la historia de Cataluña, una perspectiva compartida por muchos historiadores, literatos y publicistas de la época³². Un ejemplo de este hecho es la mitificación de que fue objeto Joan Fiveller, *conseller* de la ciudad de Barcelona en tiempos de Fernando I de Antequera, afianzado en las décadas centrales del siglo XIX como símbolo de las libertades municipales frente al poder real³³.

En los años de la revolución liberal, la vindicación del constitucionalismo antiguo y de la historia de Cataluña tampoco se hizo de forma exclusiva desde el liberalismo moderado. La apelación a las antiguas leyes e instituciones, el enaltecimiento del modelo pactista, la remembranza de los episodios en defensa del sistema constitucional o la proyección histórica de un supuesto espíritu liberal catalán fueron habituales en el discurso progresista de la revolución liberal³⁴. En esta línea, tanto en Cataluña como en el resto de los territorios de la antigua Corona de Aragón, publicistas, políticos e intelectuales relacionados con el liberalismo avanzado configuraron un discurso historicista basado en el pasado foral. Sin negar en absoluto la pertenencia al marco político nacional español, estas elaboraciones

29 Véase sobre los Bofarull, R. GRAU, «El pensament històric de la dinastia Bofarull», *Barcelona Quaderns d'Història*, 6 (2002), p. 121-138.

30 F. FLURALBO [P. DE BOFARULL], *Reflexiones sobre los perjuicios que ocasionaría á algunas provincias de España y en particular á la de Cataluña la traslación de sus archivos á Madrid...*, Imprenta de José Torner, Barcelona, 1821.

31 F. FLURALBO [P. DE BOFARULL], *Reflexiones sobre los perjuicios*, ob. cit., p. 4.

32 R. GRAU, «El pensament històric de la dinastia Bofarull», art. cit., p. 121-138 (p. 128-132).

33 R. GRAU, «Joan Fiveller, Ferran I i les imposicions municipals de Barcelona. Repàs a un mite històric», *Barcelona Quaderns d'Història*, 2/3 (1996), p. 53-98.

34 G. BARNOSELL, «Consens i revolució. Poble i nació a la Barcelona de la Revolució Liberal, 1835-1843», *Barcelona Quaderns d'Història*, 10 (2004), p. 137-170, y sobre todo los trabajos de J. R. SEGARRA, «El "provincialisme" involuntari. Els territoris en el projecte liberal de nació espanyola (1808-1868)», *Afers. Fulls de recerca i pensament*, 48 (2004), p. 327-345; idem, «Liberales y fueristas. El discurso "neofuerista" y el proyecto liberal de la nación española (1808-1868)», en C. FORCADELL y M. CRUZ ROMERO (eds.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Institución Fernando el Católico -C.S.I.C.-/Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 2006, p. 73-99.

culturales buscaban promover y justificar dinámicas y planteamientos anticentralistas desde la periferia estatal³⁵.

La tradición constitucional al servicio de la descentralización política y del regionalismo

El Bienio Progresista (1854-1856) fue un período breve entre dos etapas extensas de hegemonía moderada. La experiencia fue breve, y las reformas económicas y políticas no tuvieron la profundidad ni el recorrido necesario para consolidar una alternativa viable al modelo de estado instituido por los moderados.

Víctor Balaguer (1824-1901), destacado escritor, historiador y político catalán del siglo XIX, hizo su entrada definitiva en política en el marco de la revolución de julio de 1854³⁶. Fue en aquel contexto en el que surgió la idea de fundar, juntamente con progresistas aragoneses y valencianos, *La Corona de Aragón* (1854-1856), iniciativa periodística de título hartamente alusivo. Esta fue una de las iniciativas más destacadas de Balaguer en el campo de la prensa. El periódico pretendía ser el portavoz de los progresistas de los territorios de la antigua confederación, y defendía un ideario que hacía inseparables los conceptos de libertad, progreso y descentralización política. La visión plural del pasado peninsular, la valoración positiva del modelo confederal de la Corona de Aragón, la vindicación de la historia de Cataluña y la exaltación del sistema constitucional catalán antiguo se pusieron al servicio de un proyecto político que quería ser una alternativa al modelo de estado centralista, uniforme y exclusivo implantado por los moderados.

Balaguer es un ejemplo brillante del uso político de la historia al servicio de un programa liberal progresista y descentralizador. El 1856, después de abandonar la redacción de *La Corona de Aragón*, confluyó con su maestro y amigo Lluís Cutchet (1815-1892) en una nueva iniciativa periodística, *El Conceller* (1856-1857), título alusivo a los magistrados de las históricas instituciones municipales representativas. Como reconoció el mismo Balaguer un tiempo después, su objetivo con aquella publicación era intervenir en el presente para conquistar el futuro, pero como la censura ponía no pocos obstáculos, a menudo acudían al discurso histórico para difundir los mensajes que consideraban oportunos³⁷.

En su tasca polifacética como literato, publicista, historiador y cronista, Balaguer contribuyó de forma muy eficaz a construir el imaginario mítico y simbólico de los catalanes de la época, y a cimentarlo con referentes autóctonos. Algunas de las obras más importantes de Balaguer en el campo del estudio, el ensayo y la divulgación histórica, como *Bellezas de la historia de Cataluña* (1853)³⁸, *La libertad constitucional* (1858) o *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón* (1860-1864)³⁹, difundieron y amplificaron una serie de ideas y concepciones sobre el pasado catalán que se revelarían muy perdurables en el discurso histórico y político.

³⁵ Véanse los trabajos de Josep-Ramon Segarra indicados en la nota anterior.

³⁶ J. PALOMAS, *Víctor Balaguer. Renaixença, Revolució i Progrés*, El Cep i la Nansa, Vilanova i la Geltrú, 2004.

³⁷ V. BALAGUER, *La libertad constitucional. Estudios sobre el gobierno político de varios países y en particular sobre el sistema por el que se regía antiguamente Cataluña*, Imprenta Nueva de Jaime Jepús y Ramon Villegas, Barcelona, 1858, p. 228-229.

³⁸ V. BALAGUER, *Bellezas de la historia de Cataluña*, 2 vols., Impr. de Narciso Ramírez, Barcelona, 1853.

³⁹ V. BALAGUER, *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, 5 vols., Librería de Salvador Manero, Barcelona, 1860-1864.

Para Balaguer, la historia de Cataluña contenía todos los ejemplos necesarios de valor cívico y amor patriótico. En concreto, aquello que le merecía la más alta consideración era su modelo político e institucional, y el culto y la lucha secular del pueblo catalán por las libertades civiles y políticas. Balaguer calificaba muy positivamente el sistema constitucional antiguo y postulaba una lectura liberal y democrática del mismo, fundamentándolo en las nociones de pacto, equilibrio de poderes, respeto a la ley, civismo, patriotismo, y representación y participación popular en los asuntos públicos.

El recurso al pasado debía permitir demostrar que, en contra de lo que propugnaban las opciones antiliberales, el régimen político verdaderamente genuino y tradicional del país era el constitucionalismo. El despotismo y el absolutismo eran fenómenos extranjeros que habían llegado en épocas recientes y no habían aportado nada positivo. «La libertad es antigua y el despotismo moderno», anuncia el título de uno de los capítulos de *La libertad constitucional*. Balaguer consideraba que la historia de España y, particularmente, la de Cataluña, lo demostraban sobradamente. Y es que, en ese sentido, según el historiador y literato catalán, Cataluña presentaba un hecho diferencial basado en la precocidad, la perdurabilidad y la intensidad del culto a su sistema de libertades, circunstancia que homologaba su caso al inglés⁴⁰.

Cutchet mantenía, contemporáneamente, opiniones semejantes. En una obra dedicada a legitimar la guerra del pueblo catalán contra el monarca Joan II (1462-1472), *Cataluña vindicada* (1858), elogiaba el compromiso histórico de los catalanes para con sus leyes e instituciones, afirmaba el «espíritu de gobierno» coincidente de catalanes e ingleses, elogiaba el modelo organizativo de la Corona de Aragón —que, decía, había permitido articular de forma sólida y provechosa las unidades políticas preexistentes en aquellos territorios—, y rompía con la perspectiva determinista, providencial e irreversible con que se solía interpretar la unión dinástica de las coronas de Aragón y Castilla en el último cuarto del siglo XV.

Como es bien sabido, Balaguer fue uno de los impulsores de la «restauración» definitiva de los Juegos Florales en 1859, certamen que devino una importantísima plataforma promocional de la lengua catalana. El mismo año en que se ponía en marcha aquella iniciativa de estética historicista y regusto medievalizante fue aprobado el plan Cerdà de urbanización del Ensanche de Barcelona, símbolo del crecimiento y la modernización de la ciudad española más industrial de la época⁴¹. Balaguer, cronista de la ciudad desde 1852 y miembro desde 1859 de la Junta Consultiva que se encargaba de asesorar la Comisión Municipal del Ensanche, recibió el encargo de plantear los nombres a propósito para las nuevas calles proyectadas en la ciudad⁴². Presentó su propuesta de nomenclátor el 1863 y, dos años más tarde, con la publicación de *Las calles de Barcelona* (1865-1866) delimitó su aportación sobre los nombres que finalmente fueron aprobados por la comisión⁴³.

⁴⁰ Véase, por ejemplo, V. BALAGUER, *La libertad constitucional*, ob. cit., p. 113-114, p. 120-123.

⁴¹ Véase sobre la intersección de ambos acontecimientos J. M. DOMINGO, «Barcelona i els Jocs Florals, 1859. Literatura, modernització urbana i representació col·lectiva», en J. M. DOMINGO (ed.), *Barcelona i els Jocs Florals, 1859. Modernització i romanticisme*, Ajuntament de Barcelona/Institut de Cultura-MUHBA, Barcelona, 2011, p. 39-76.

⁴² J. PALOMAS, «Victor Balaguer i la toponímia identitària: formació del primer nomenclátor de l'Eixample de Barcelona», en J. CASASSAS (coord.), *Les identitats a la Catalunya contemporània*, Galerada, Barcelona, 2009, p. 293-316. Véase, también, S. MICHONNEAU, *Barcelona: Memòria i identitat: Monuments, commemoracions i mites*, Eumo-Universitat de Vic, Vic, 2002, p. 35-55.

⁴³ V. BALAGUER, *Las calles de Barcelona. Origen de sus nombres, sus recuerdos, sus tradiciones y leyendas...*, 2 vols., Salvador Manero, Barcelona, 1865-1866.

En buena medida, con su selección de instituciones (*Consell de Cent*, Cortes Catalanas, etc.), personajes (Roger de Llúria, Pau Claris, Aribau, etc.), territorios (Valencia, Cerdeña, Nápoles, etc.) y actividades (Comercio, Industria, Marina, etc.), Balaguer configuró un discurso público intencionado que quería poner de manifiesto la personalidad histórica diferenciada de Cataluña y engarzar el pasado esplendoroso del país con su renacimiento contemporáneo. Una parte importante de su elección enfatizaba el pasado de Cataluña como una entidad soberana, homenajeaba las instituciones que constituían su antiguo sistema político y recordaba los episodios en defensa de las libertades.

En el umbral de la Revolución de 1868 Víctor Balaguer ocupaba un lugar importante dentro del heterogéneo espectro político catalán. Reunidos alrededor de su figura y del periódico *La Montaña Catalana* se sitúan los partidarios de una política «provincialista», con planteamientos claramente descentralizadores. También dentro de las tendencias monárquicas progresistas pero con formulaciones más tibias y contemporizadoras con la evolución de los acontecimientos, encontramos un sector que tiene como referente *La Crónica de Cataluña*, dirigida entonces por Lorenzo Mas Oliver⁴⁴. Paralelamente, en esa misma coyuntura, Joan Mañé y Flaquer representaba la voz más acreditada del conservadurismo liberal y católico de Barcelona, en una línea de pensamiento y acción que tenía sus orígenes en los años treinta del siglo XIX. Este último sector compartía planteamientos favorables a la descentralización en base a un neoforalismo medieval que hacía propios algunos elementos delineados por el citado Víctor Balaguer, pero con la incorporación de unas dosis importantes de catolicismo conservador⁴⁵.

En este marco, destaca la aportación de Francesc Romaní Puigdemongas (1830-1912), que se había proclamado federal y católico y había encabezado la lista de la unidad católica en las elecciones de enero de 1869. De esta plataforma, que había reunido desde la vieja guardia moderada hasta los neocatólicos y carlistas, salieron finalmente buena parte de los exponentes que levantaron la bandera legitimista en la posterior guerra carlista⁴⁶.

En su libro *El Federalismo en España* (1869) Romaní enfocaba los elementos que caracterizaban la construcción del estado nacional liberal español. Los situaba en el resultado del triunfo de las doctrinas constitucionales que, aparecidas en Cádiz «como

44 M. JANUÉ, *Els polítics en temps de revolució. La vida política durant el Sexenni revolucionari*, Eumo, Vic, 2002; idem, *La Junta Revolucionària de Barcelona de l'any 1868*, Eumo, Vic, 1992. Véase, también, AA.VV., *La Diputació revolucionària 1868-1874*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 2003.

45 C. MARTÍ, *L'Església de Barcelona (1850-1857)*, 2 vols., Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1984; J. M. FRADERA, *Cultura nacional en una societat dividida*, Curial, Barcelona, 1992; M. CARRILLO, «Juan Mañé i Flaquer y el Primer Congreso de Malinas», *Cercles. Revista d'Història Cultural*, 5 (2002), p. 154-169; J. BOU, *Correspondència entre Benet de Llanza i Joan Mañé i Flaquer. Epistolari social, polític i cultural (1847-1862)*, Curial Edicions/Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2002; idem, Joan Mañé i Flaquer i el *Diari de Barcelona* (1823-1868). Cultura, política i periodisme a la Catalunya dels vuit-cents, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2009.

46 G. C. CATTINI, «La construcció de l'Estat nacional espanyol i els intel·lectuals perifèrics. La crítica regionalista d'en Francesc Romaní Puigdemongas» en AA.VV., *L'Estat nació i el conflicte regional: Joan Mañé i Flaquer, un cas paradigmàtic 1823-1901*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2004, p. 33-62; idem, «Les eleccions del gener de 1869: la plataforma per a la Unitat Catòlica i la politització del regionalisme catòlic» en L. PLANS (dir.), *Església, societat i poder a les terres de parla catalana*, CCEPC/IRMU/Cossetània Edicions, Barcelona/Valls, 2005, p. 279-290. Sobre el carlismo en el Sexenio véase L. F. TOLEDANO, *Entre el sermó i el trabuc. El carlisme català contra la revolució setembrina (1868-1872)*, Pagès editors, Lleida, 2001; idem, *Carlins i catalanisme. La defensa dels furs catalans i de la religió a la darrera carlinada 1868-1875*, Farell, Manresa, 2002; idem, *La muntanya insurgent. La tercera guerra carlina a Catalunya 1872-1875*, Quaderns del Cercle, Girona, 2004.

importación del extranjero», se habían materializado en la Constitución de 1837. Subrayaba especialmente que el principio de soberanía nacional se había impuesto sobre el familiar y dinástico y, también, sobre los antiguos derechos forales y las autonomías provinciales y municipales. El autor señalaba enfáticamente que esta antigua jurisprudencia había cohesionado y hecho fuertes los diferentes pueblos peninsulares, y consideraba que se había convertido en una peculiaridad intrínseca de estos territorios que convenía preservar.

En síntesis, los planteamientos del libro se articulaban en base a cuatro grandes reivindicaciones: una recuperación de las antiguas instituciones inspirada en una clara idealización del pasado medieval; la adopción de medidas proteccionistas para defender la producción industrial catalana; el rechazo a las políticas uniformizadoras y centripetas en nombre de una descentralización que tenía que poder contar, también, con un replanteamiento peninsular que incluyera Portugal; y, finalmente, una defensa de la religión católica apostólica romana. *El Federalismo en España* ofrece una muestra concreta de la perspectiva catalana frente al tema de la construcción del estado liberal español en el siglo XIX. Parte de su singularidad e importancia se debe a que proyectó los planteamientos federalistas en el campo conservador. Como recordaba el político e historiador tarraconense Antoni Rovira y Virgili, la innovación de las teorías de Romaní Puigdemongolas radicaba en el hecho de haber separado el federalismo de las ideas progresistas y laicas que la habían identificado de forma casi exclusiva con el partido republicano, para conferirle una vertiente tradicionalista y católica que lo hacía más asimilable por el mundo político conservador catalán⁴⁷.

De todos modos, en aquella coyuntura concreta, el movimiento republicano fue el principal actor político en la ciudad de Barcelona y una fuerza muy importante en el conjunto de Cataluña. En las elecciones generales de enero de 1869, con una participación del 70%, los republicanos federales se convirtieron en la primera fuerza política del Principado, consiguiendo 28 actas sobre un total de 37. En el resto de España no ocurrió nada parecido: los republicanos habían ganado 57 escaños de 304. Los republicanos federales catalanes eran más de un tercio de los republicanos presentes en las primeras Cortes constituyentes. Mayoritarios en Cataluña, minoritarios en el resto del estado, los federales fueron un partido con un proyecto para una España alternativa que ofrecía una solución a las aspiraciones de autogobierno de Cataluña. Sus planteamientos se basaban mayoritariamente en criterios racionalistas y universalistas y tenían a Francesc Pi y Margall como teórico más representativo.

Así y todo, sus discípulos catalanes tenían la voluntad de llevar a la práctica estas ideas para crear un poder autónomo catalán, sin plantear la separación de Cataluña de España. Hay que remarcar, además que el federalismo atraía a las clases populares pero asustaba a los dirigentes burgueses y las clases acomodadas. Su vocación era esencialmente interclasista, con una retórica abiertamente anticlerical y partidaria del reformismo social.

La reestructuración federal del estado se fundamentaba en los antiguos reinos peninsulares o regionales y debía tener como base la autonomía municipal. Se pensaba que el federalismo podía ayudar a acabar con la guerra en Cuba y representar una base para el entendimiento peninsular, incluyendo Portugal. Su materialización fue el Pacto Federal de Tortosa, que fue firmado el 18 de mayo de 1869 por las fuerzas federalistas de Cataluña, Aragón, Valencia y Baleares. Sus promotores fueron Valentí Almirall y Josep Anselm Clavé. Los firmantes del pacto ensalzaban las libertades populares de los territorios que

47 A. ROVIRA VIRGILI, *Resum d'història del catalanisme*, Magrana, Barcelona, 1983, p. 32.

habían formado la Corona de Aragón y, sobre todo, se proclamaban continuadores de la lucha histórica de sus habitantes contra la tiranía: «sabremos continuar nuestras gloriosas tradiciones liberales»⁴⁸.

Las dinámicas políticas complejas del Sexenio arrastraron a su fin la monarquía de Amadeo de Saboya y llevaron poco más tarde la proclamación de la República, el 11 de febrero de 1873. En este contexto, los federales intransigentes catalanes intentaron, sin éxito, proclamar el Estado catalán desde la Diputación de Barcelona para que la República española se estructurara de forma federal y no unitaria. Pi y Margall, Valentí Almirall y Estanislau Figueras consiguieron tranquilizar los ánimos pero la República, como es sabido, tuvo una vida efímera. El terreno para la Restauración borbónica estaba abonado.

La Restauración y la politización del discurso constitucionalista en el naciente catalanismo político

Desde sus inicios, el nuevo régimen instaurado por Cánovas del Castillo se caracterizó por la voluntad de sentar las bases de un estado nacional liberal centralizado con unas intenciones abiertamente homogeneizadoras. Uno de sus retos fue conseguir acabar con los pronunciamientos y el intervencionismo de los militares en la política. La alternancia pacífica en el gobierno de los dos partidos principales, la conciliación entre la Corona y los sectores más liberales, y la participación de los católicos en la vida política, con el correspondiente y progresivo alejamiento del carlismo, fueron algunos de sus principales logros. Hay que subrayar que las elecciones se caracterizaron por unos mecanismos irregulares que alejaban el sistema político del electorado y que se planteaban sobre una red caciquil que se extendía por todo el estado. Esto, sin embargo, como han subrayado los especialistas, no era un «estigma» o una singularidad exclusiva de la España de la Restauración⁴⁹.

La representación democrática era, de hecho, prácticamente inexistente en la Europa del período y los clientelismos, los falseamientos y las manipulaciones electorales estaban bastante extendidos. Cánovas del Castillo, gran artífice del nuevo régimen político, presidía la Real Academia de la Historia y no tardó en utilizar el papel de esta institución para gestionar el pasado nacional e interpretarlo a fin de legitimar las políticas uniformadoras que el nuevo modelo de estado perseguía. Esta función de la academia se remontaba, en realidad, a los años sesenta del siglo XIX, pero fue durante la Restauración cuando la institución se convirtió en un centro nodal de la articulación cultural entre el poder y la sociedad española⁵⁰.

48. El text del Pacte de Tortosa a J. A. GONZÁLEZ CASANOVA, *Federalisme i autonomia a Catalunya (1868-1938)*, Curial, Barcelona, 1974, p. 436-441. Sobre el republicanismo catalán ver igualmente: À. DUARTE, *Història del republicanisme a Catalunya*, Pagès Editors/Eumo Editorial, Lleida/Vic, 2004; J. PICH, *Valentí Almirall i el federalisme intransigent*, Afers, Catarroja, 2006. A més, V. ALMIRALL, *Obra completa. 1867-1879. Volum 1*, edición de Josep M. Figueras, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2009.

49. M. SUÁREZ CORTINA, *La España liberal: 1868-1917: política y sociedad*, Síntesis, Madrid, 2006; idem, *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español 1808-1950*, Marcial Pons, Madrid, 2003; C. DARDÉ, *La aceptación del adversario. Política y políticos en la Restauración 1875-1900*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003; J. VARELA ORTEGA (coord.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Centro de Estudios Constitucionales/Marcial Pons Historia, Madrid, 2001.

50. I. PEIRÓ, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 1995; I. PEIRÓ y G. PASAMAR, *La Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Anabad, Madrid, 1996.

En un primer momento las reales academias fueron unos de los principales centros utilizados por los partidarios de la restauración borbónica para crear consenso en torno a la causa alfonsina y, sucesivamente, operaron para difundir una recuperación del pasado subyacente al discurso de consolidación del estado centralizado y unitario.

Los trabajos de redacción de la carta constitucional tenían entonces un papel muy significativo, porque debían determinar las pautas mediante las cuales se tenía que desarrollar el modelo de estado liberal nacional. La supresión de los derechos forales vascos, en julio de 1876, poco después de la publicación de la Constitución, confirmó las intenciones uniformadoras de los nuevos gobernantes. No faltaron voces interpretando esta liquidación como una venganza por el fuerte apoyo que el carlismo tuvo en las tierras vascas en la última guerra y, sobre todo, en un marco más amplio, como un intento de hacer *tabula rasa* del pasado histórico peninsular y, con ello, de sus particularidades culturales y jurídicas.

Para replicar estos planteamientos centralistas y de relectura del pasado en clave castellanizadora hubo una producción regionalista en diferentes partes del territorio español. En Cataluña destacó especialmente la aportación de Josep Coroleu (1839-1895) y Josep Pella y Forgas (1852-1918), que publicaran obras en las que se reivindicaba la modernidad de las instituciones medievales catalanas en línea con los planteamientos de Víctor Balaguer, pero con una metodología más escrupulosa y científica⁵¹.

En dos obras de gran relevancia como *Las Cortes Catalanas* (1876) y *Los Fueros de Cataluña* (1878), Coroleu y Pella afrontaron el reto de explicar, de forma amena, el legado medieval catalán y de poner de manifiesto su vigencia. La primera obra explicaba las sesiones de las Cortes y subrayaba las analogías de su funcionamiento en relación a los parlamentos contemporáneos, insistiendo en el hecho de que en muchos países, y principalmente en Inglaterra, había una continuidad entre las instituciones estamentales medievales y las asambleas parlamentarias modernas. En *Los Fueros de Cataluña* los dos autores compilaron y sistematizaron el pasado legislativo catalán (fueros, capítulos de corte, etc.) y lo presentaron como una constitución moderna desglosada en noventa y siete artículos, reunidos en cinco apartados. Una vez más, se presentaba una lectura «liberal» de este pasado, en vistas a inspirar los planteamientos políticos del presente.

La obra de Coroleu y Pella representó un hito en la renovación del interés de la sociedad catalana por la historia jurídica del país, o dicho de otra manera, por la historia de las libertades catalanas. Esta producción, deudora de las interpretaciones balaguerianas de la historia del Principado, tuvo un papel importante en la vertebración del pensamiento político del período. Además, la metodología escrupulosa con que fue escrita, con la depuración de los mitos y el uso científico de las fuentes, encontró el favor de los lectores y contribuyó a legitimar el discurso político historicista. Estos estudios que exaltaban los derechos y las constituciones del pasado catalano-aragonés, las instituciones políticas y las libertades comunes constituyeron un repertorio que influyó y convivió con los demás tópicos del nacionalismo romántico catalán. Dicho de otro modo, esta reivindicación del constitucionalismo *ante litteram* del Principado podía leerse, como ya hemos mencionado, como la expresión de un patriotismo cívico o republicano, ya que pretendía fomentar el amor hacia las instituciones políticas y los valores que daban soporte a las libertades comunes del pueblo catalán. No puede sorprender, pues, que en los mismos años otras corrientes

⁵¹ Las biografías de estos dos personajes en G. C. CATTINI, *Historiografia i catalanisme*, ob. cit., i L. COSTA, *Josép Pella i Forgas i el catalanisme*, Rafael Dalmau, Barcelona, 1997.

del pensamiento republicano también reivindicaran las páginas del pasado catalán, con sus luchas por la libertad, para cimentar sus propias raíces históricas. El estudio de Rodríguez Solís sobre el republicanismo en España es un caso evidente⁵².

La historia de la Cataluña contemporánea tuvo un momento de inflexión a partir de los años ochenta del siglo XIX cuando el movimiento catalanista, que se había mantenido en la reivindicación cultural hasta el momento, entró en una espiral de politización. En este marco, los hitos del movimiento fueron: la organización de dos congresos catalanistas (1880 y 1882-83), la creación del Centre Català (1882)⁵³ –organización política que llegó a presentarse a las elecciones legislativas de 1886 sin obtener, sin embargo, representación– y la entrega del Memorial de Greuges (1885) al rey Alfonso XII. En este contexto, el gran protagonista y dinamizador del discurso y de la praxis del movimiento catalanista fue Valentí Almirall (1841-1904), exrepublicano federalista bastante activo ya en el Sexenio democrático.

Entre sus obras destaca *Lo Catalanisme* (1886), el primer gran escrito doctrinario de referencia del movimiento catalanista. En este libro, Almirall quería plantear sobre bases científicas las reivindicaciones del Principado y ofrecer soluciones prácticas para resolver el encaje de Cataluña dentro de España. En línea con su pasado federal, Almirall consideraba, precisamente, que el federalismo asimétrico era la herramienta que podía resolver las fricciones entre el Principado y la capital del estado. Esta solución la veía posible tanto en un régimen republicano como en una monarquía. Significativamente, Almirall reivindicaba el pasado medieval constitucional catalán y planteaba la necesidad de restaurar las Cortes con un poder legislativo propio. Preveía, concretamente, que este parlamento catalán debía constituirse por sufragio universal indirecto. O dicho de otro modo: la cámara catalana debía formarse de manera equitativa con personas elegidas previamente por los representantes de distrito, los miembros de las corporaciones y, finalmente, por sufragio directo. En este marco reivindicaba, también, la vertiente liberal del pasado constitucional catalán en línea con los autores analizados anteriormente.

Como es sabido, la hegemonía de Almirall en el catalanismo entró precisamente en crisis en la coyuntura de 1886, cuando su liderazgo fue cuestionado por diferentes personalidades del movimiento y, sobre todo, por parte de la juventud universitaria reunida en el Centre Escolar Catalanista. Después de un intercambio de acusaciones este sector disidente (alrededor del 40% de los afiliados) se dio de baja del Centre Català para formar la Lliga de Catalunya, una denominación que dejaba entrever claras resonancias de la causa irlandesa⁵⁴.

Epílogo

Si el uso del pasado medieval en clave liberal fue una constante del progresismo catalán, los sectores conservadores lo hicieron buscando las raíces de cohesión social católica que la sociedad gremial parecía ofrecer. Es remarcable, por ejemplo, la producción de Enric Prat

⁵² E. RODRÍGUEZ SOLÍS, *Historia del partido republicano español: de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, 2 vols., Imp. Fernando Cao y Domingo del Val, Madrid, 1892-1893.

⁵³ J. PICH, *El Centre Català. La primera associació política catalanista (1882-1894)*, Afers, Catarroja/Barcelona, 2002.

⁵⁴ J. LLORENS, *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992; idem, *La Lliga de Catalunya i el Centre Escolar Catalanista. Dues associacions del primer catalanisme polític*, Rafael Dalmau, Barcelona, 1996.

de la Riba (1870-1917)⁵⁵, uno de los más destacados protagonistas de la política catalana desde la última década del siglo XIX hasta su muerte, en 1917. Así, desde sus primeras intervenciones en el Centre Escolar Catalanista (1889), en la Asamblea de Manresa (1892) o en su brevariario escrito con Pere Muntanyola, *Compendi de Doctrina Catalanista* (1895), reivindicó la Cataluña medieval entendida como la época de grandeza nacional en que no sólo habían cristalizado la lengua y la cultura catalanas, sino también como el periodo histórico en el cual se habían forjado las instituciones de autogobierno de las que cabía recuperar el espíritu. Así, Prat de la Riba y Pere Muntanyola remarcaban que la Generalitat había garantizado las constituciones y las libertades catalanas, mientras las Cortes habían representado el poder constituyente y legislativo. Además, el conservadurismo de Prat idealizaba los gremios medievales por su función de cohesión social. Estas reflexiones, tan importantes en la enucleación del pensamiento pratiano, se ajustaron de manera pragmática al curso de los acontecimientos cuando, tras la crisis de 1898, los catalanistas decidieron participar en las elecciones y se convirtieron progresivamente, a partir de 1901, en uno de los sujetos políticos principales del escenario político catalán junto con los republicanos.

La modernización de la sociedad catalana hizo inviables las reminiscencias y las restauraciones medievalizantes (como el sufragio por gremios, etc.), pero, por contra, el legado histórico y cultural fundamentado en el pasado medieval y el constitucionalismo antiguo, tan presente durante todo el siglo XIX, se acabó poniendo al servicio de la defensa de la autonomía catalana. A lo largo del siglo XX fueron reiteradas las reivindicaciones de las antiguas raíces constitucionales catalanas: así, el político republicano y catalanista Antoni Rovira Virgili escribió en 1932 que «del viejo régimen de Cataluña demos imitar el espíritu de libertad y de democracia, no las instituciones políticas de la época» e insistía que, a pesar del malestar por el recorte que había sufrido el Estatuto de Nuria, lo importante era doblar los esfuerzos para levantar la nueva Cataluña autónoma⁵⁶. Casi cuarenta años después, en octubre de 1971, Pau Casals recordaba en un breve discurso, en el pleno de las Naciones Unidas, que Cataluña había tenido uno de los primeros parlamentos del mundo y que el constitucionalismo catalán había procurado siempre fomentar la paz, como lo demostraban las Constituciones de Paz y Tregua⁵⁷. Esta línea discursiva ha llegado hasta nuestros días y está en la base de la justificación misma de las actuales instituciones catalanas como se desprende del mensaje que Núria de Gispert, presidenta del Parlament catalán desde el año 2010, transmite a los estudiantes de secundaria recordándoles que Cataluña tiene unas «instituciones antiguas y [una] vocación parlamentaria y pactista que ha sobrevivido a muchos accidentes de nuestra historia colectiva»⁵⁸.

55 Sobre Prat de la Riba, J. CASASSAS, «Enric Prat de la Riba: la tenacitat d'un estratega», en A. BALCELLS, *El pensament polític català*, ob. cit., p. 179-192; M. PÉREZ, *Prat de la Riba: nacionalisme i formació d'un estat català*, Base, Barcelona, 2007; G. C. CATTINI, *Prat de la Riba i la historiografia catalana*, Afers, Catarroja, 2008. El medievalismo de Prat ha sido revisado recientemente por M. FUENTES CODERA, «Continuïtat i ruptura en la construcció del nacionalisme català en el tombant de segle: la Catalunya medieval en Prat de la Riba i Eugeni d'Ors» en R. ARNABAT y A. GAVALDA (eds.), *Projectes nacionals, identitats i relacions Catalunya-Espanya. Homenatge al doctor Pere Anguera*, 2 vols., Afers, Catarroja, 2012, II, p. 451-460.

56 A. ROVIRA VIRGILI, *La constitució interior de Catalunya*, Editorial Barcino, Barcelona, 1932, p. 20.

57 Pau Casals, *escrits i discursos: Pau, pau i sempre pau!* (edición de Josep M. Figueres), Angle editorial/ Institut Català Internacional per la Pau, Barcelona, 2010.

58 *Quadern d'educació secundària obligatòria*, Parlament de Catalunya, Barcelona, 2014, p. 1.